

REVISIÓN DE LITERATURA

El indígena y su proceso independentista: Huarochirí desde finales de 1820 hasta mayo de 1821

The indigenous and their independence process:
Huarochirí from the end of 1820 to May 1821

¹Erik Felix Asencio

RESUMEN

La nueva documentación sobre la Independencia del Perú, en conjunto con las memorias de los propios participantes de este acontecimiento histórico, han permitido que se pueda construir y describir en la presente investigación la valerosa participación del indígena huarochirano por la emancipación, desde finales de 1820, con la formación de la primera partida guerrillera al mando de Quispe Ninavilca y José Manrique, hasta mayo de 1821, esto es, poco antes del inicio de la segunda campaña a la sierra de Arenales. Se describe el inicio de la formación de las partidas huarochiranas, así como sus primeros enfrentamientos con las fuerzas realistas, principalmente con las comandadas por Monet y Valdez en puntos estratégicos de la zona como San Mateo y Carampoma.

Palabras clave: Huarochirí en la Independencia; Guerrillas.; Lucha indígena.

ABSTRACT

The new documentation on the independence of Peru, together with the memories of the participants themselves of this historical event, have allowed that the courageous participation of the huarochirano indigenous for the emancipation can be constructed and described in the present investigation, since the end of 1820, with the formation of the first guerrilla party under the command of Quispe Ninavilca and José Manrique, until May 1821, that is, shortly before the start of the second campaign to the Sierra de Arenales. The beginning of the formation of the Huarochiranas is described, as well as their first confrontations with the royalist forces, mainly with those commanded by Monet and Valdez in strategic points in the area such as San Mateo and Carampoma.

Keywords: Huarochirí in Independence; Guerrillas; Indigenous struggle.

Introducción

El contexto actual peruano, postconmemoración del Bicentenario de la Independencia, deja hasta hoy en día marcadas brechas por cerrar en busca de una integración ciudadana plena, las cuales se pueden cerrar si se comienza por reconocer lo singular y/o local como relevante para comprender un presente con notorias desigualdades. Bajo esta mirada, el desarrollo de los procesos históricos de las regiones del país se convierte en ese motor de visibilización de lo relegado, en ese factor determinante para una comprensión holística de nuestra sociedad y la reflexión sobre la misma.

En ese sentido, se hace necesario construir y reconstruir todo proceso histórico que de alguna manera ha quedado al margen de la historia tradicional peruana; por lo que, bajo esta problemática, se toma a Huarochirí en la lucha por la emancipación durante el gobierno de San Martín, como ese proceso relegado, pero al mismo tiempo, de marcada importancia en un acontecimiento por demás relevante para la nación. Así, al realizarse un recuento bibliográfico sobre la participación del indígena huarochirano en la guerra independentista, se puede decir que estas se encuentran muy escasas, por lo que la lucha de la provincia sigue siendo una incógnita no desarrollada del todo.

Se procede entonces a plantearse las preguntas en busca de construir los acontecimientos históricos de la provincia desde finales de 1820, hasta poco antes de la segunda campaña de Arenales a la sierra del Perú, es decir, hasta mayo de 1821, en la que se toma como cuestionamientos principales, cuándo y de qué manera se iniciaron en la lucha por la emancipación los indígenas huarochiranos, y finalmente, cómo desempeñaron y se desarrollaron sus enfrentamientos con las tropas realistas comandadas por Monet y Valdez durante la primera campaña de Arenales.

En un resumen de las respuestas, se puede decir que la participación huarochirana en la guerra inició poco antes del desembarco de San Martín en Paracas, siendo organizados rápidamente por el curaca Quispe Ninavilca y José Manrique, quienes establecieron pues el punto de partida para la sublevación de la provincia, consolidándose poco a poco la lucha indígena, sin embargo, a la vez, sufriendo los estragos de la guerra producto de la política conciliadora de San Martín, viéndose así estos en claras desventajas en sus encuentros con las fuerzas realistas comandadas por Monet, Valdez.

Sobre el estado de la cuestión, sin duda los más importantes materiales bibliográficos encontrados son los artículos publicados por Vergara y Quiróz en *Huarochirí, ocho mil años de historia* (1992), en la que se realiza un breve análisis de la participación huarochirana en la guerra, tomando al curaca Ignacio Quispe Ninavilca como eje de la investigación, y dando luces del enfrentamiento que este sostuvo con el coronel Marcelino Carreño por el control de la provincia. Asimismo, Rosas (1995) realizó una breve reconstrucción histórica de la participación indígena, poniendo en realce las valerosas acciones de los guerrilleros, así como la participación activa de la Iglesia local. Por lo que, siendo estas las dos únicas fuentes bibliográficas encontradas en torno a la lucha huarochirana, se ha hecho necesario dar una revisión rigurosa a textos que tengan por objeto de estudio la lucha indígena, así se ha podido encontrar información en los escritos de Roel (1971), Leguía (1972), Montoya (2002) y Huerto (2018), así como también en renombrados historiadores como Paz-Soldán (1868), Llorente (1876), Dellepiane (1977); y, claro está, en las memorias de algunos personajes relevantes que tuvieron participación en la guerra como José Arenales (1822), García Camba (1846), Francisco Javier Mariátegui (1869) y De Vidal (1972).

Finalmente, en torno a la presentación y/o breve resumen de los capítulos, la primera de ellas gira alrededor del accionar de las guerrillas huarochiranas durante los días previos a la llegada de San Martín al Perú, así como también, la presentación de su desempeño hasta marzo de 1821, en la que se va mostrando cómo de a pocos se va consolidando la lucha indígena en la zona. En cuanto al segundo capítulo, la misma se encarga de abordar los acontecimientos históricos desde marzo de 1821 hasta mayo del mismo año, periodo en que los huarochiranos sostuvieron enfrentamiento con las fuerzas de Monet y Valdez, los mismos que, como se verá, retornaron a Lima sin alcanzar el propósito realista de “pacificar los Andes”; no obstante, no queriendo esto decir que no se dedicaron al saqueo y a la implantación de cruel terrorismo en cada zona por la que atravesaban.

Formación e inicio de la participación huarochirana en el proceso independentista

Todo indica que la participación de la población indígena huarochirana en la emancipación, inició poco antes de la llegada de San Martín al Perú, esto considerando las memorias de Francisco de Vidal, quien, como es sabido, fue enviado por San Martín al país incluso antes del arribo del rioplatense con la misión de levantar a los pueblos a favor de la Independencia, y de este modo, ir ganando terreno en una guerra que aún no iniciaba en tierras incaicas. Castro

(2018) aclara aún más el panorama sobre esta interrogante, tomando a Ninavilca, curaca de Huarochirí, como prueba de la participación anticipada de los naturales, al ser pues este uno de los primeros formadores de partidas guerrilleras en el país:

Los documentos de 1820 y las informaciones de años posteriores, según el prólogo de la doctora Temple, «adveran en forma incontrovertible, la existencia de las guerrillas patriotas encabezadas entre otros por Vidal, Acuña, Ninavilca, Huavique, Zárate, Quiroz, y muchos otros caudillos de partidas, antes de la llegada de San Martín; o su inmediata creación y rápido incremento al arribo de la Expedición Libertadora a las costas peruanas». Igualmente asegura, párrafos antes, que Francisco Javier Mariátegui, al tratar de las guerrillas, destacó «su constitución en la etapa previa a la llegada de la Expedición Libertadora». (Castro, 2018, p. 57)

Las noticias sobre la pronta llegada del rioplatense al Perú habían circulado rápidamente por los Andes del país, motivando inmediatamente al indígena a formarse y alistarse en la búsqueda de su emancipación. Como bien menciona Castro (2018), Ninavilca habría formado su partida guerrillera incluso antes del arribo de San Martín a Paracas, es decir, a finales de agosto o a principios de setiembre en 1820. Así también, el gran historiador Germán Leguía ratifica lo dicho al afirmar que cuando arribó el ejército patriota a la costa peruana, Ninavilca ya había organizado su partida, “no muy numerosa, pues apenas si, en su pleno desarrollo, contó con ciento ochenta y un hombres voluntarios, reunidos desde Santa Eulalia hasta la Oroya” (Leguía, 1972, p. 318), con los cuales se muestra, y a pesar de ser unos cuantos, a un Huarochirí en pie de lucha.

Asimismo, se debe tener en cuenta que la formación de las guerrillas huarochiranas por parte de Ninavilca, no fueron las únicas, una mención honrosa merece José Manrique, personaje destacable que había participado en el levantamiento de Cusco en 1814, siendo colaborador activo de Mateo Pumacahua, y que, pese a la dura derrota, había pues mantenido intacto sus sueños de libertar al país. Manrique, luego de aquel importante suceso en la capital incaica, “anduvo errante por provincias cercanas al Cuzco, hasta que, en 1820, al conocerse el desembarco de San Martín, organizó con Quispe Ninavilca y otros las guerrillas de Huarochirí” (Castro, 2018, p. 57).

Otro factor que no se puede dejar de lado al referirnos al inicio de la participación de las guerrillas huarochiranas, es pues la condición geográfica de la provincia, sin duda, clave para el perfecto desarrollo de la guerra de guerrillas; sus estrechos caminos y ventajosas quebradas, como la de San Mateo, convertían al territorio en zona perfecta para ataques sorpresas desde las alturas, donde los honderos contaban con una perfecta visibilidad, sin ser además, blanco visible para el armamento realista, el lanzamiento de sus proyectiles desde las escabrosas alturas será pues una enorme ventaja en medio de las grandes carencias.

Una geografía llana para los indios rebeldes hubiera significado seguramente un factor influyente al momento de considerar cualquier levantamiento, las armas de guerra indígena habrían quedado cuasi obsoletas en territorio plano, obligándolos a realizar nuevas estrategias de guerra, o en el peor de los casos, y en contra de sus voluntades, desistir de cualquier intento de sublevación, esto último desde luego, no de manera masiva, pero sí en una cantidad de mayor consideración a la que hacen referencia los documentos; los cuales muestran una realidad innegable de cómo algunos pobladores optaban por huir de la zona, así como también su contraparte, es decir, la valentía de quienes se posicionaron al lado de la emancipación.

Existía, por tanto, una estrecha relación entre la geografía de los indios sublevados y las armas utilizadas para la guerra, siendo las galgas u hondas el armamento más usado y efectivo por los naturales, aquel instrumento de guerra tradicional que había perdurado a través de los siglos y que se mantendrá como principal arma para la provincia hasta los últimos encuentros con los peninsulares. Huarochirí entonces, como territorio de guerra, se había convertido en una especie de fortín, ventajosa para los guerrilleros y devastadora para el ejército realista, convirtiéndose San Mateo o el propio Carampoma, en puntos clave para la dirección de las demás zonas aledañas de la sierra según cuenta el propio Álvarez de Arenales (como se citó en Leguía, 1972, p. 327):

Los cuarteles principales o centros de acción y dirección eran (...) las quebradas de Canta, hasta Copacabana: de San Mateo y de Huarochirí (...) radica en San Mateo, como punto intermediario o céntrico entre las tres quebradas, y en el que una relativa equidistancia facilitaba la expedición de órdenes inmediatas y la explosión de embestidas y movimientos reglados, convergentes, armónicos, simultáneos.

Asimismo, es preciso mencionar que esta guerra por la Independencia tomó parcialmente preparados a los huarochiranos en tácticas guerrilleras, y más aún, en cómo utilizar su territorio para causar los mayores daños posibles. 1536, año del levantamiento de Manco Inca, 1750 y 1783 habían sido los años de mayor revuelo para la zona, donde los huarochiranos colaboraron con el levantamiento indígena de Felipe Velasco Inga, causándose gran zozobra en la capital del virreinato, desde donde se tuvo que enviar un numeroso ejército para apagar la llama del levantamiento.

Bajo este breve análisis de la provincia, la construcción histórica de la participación activa del indígena por la Independencia es la siguiente: luego del desembarco de San Martín en Paracas, y la inmediata conferencia de Miraflores, este como es sabido, envió a Álvarez de Arenales, de “virtudes espartanas”, rumbo a la sierra con la consigna de levantar a los pueblos a favor de la emancipación, conseguir soldados y bloquear la capital del virreinato, teniendo claro que para lograr dicho propósito, era indispensable contar con el apoyo de las provincias que cercaban la capital, más aún, a sabiendas que eran estas las que principalmente proveían a la ciudad de alimentos y materia prima, como Yauli, conocida como “la nueva Potosí” por su abundante riqueza en plata, y Huarochirí, desde donde se recolectaba uno de los principales cargamentos de papa, frutas y el propio hielo para la conservación de los alimentos:

Obligar a los españoles a abandonar este punto era de necesidad, y ese plan, no se lograba sino poniendo a Lima en asedio, y para ello convenía que los peruanos levantáramos tropas que nos ayudasen. Colaboradores tuvimos; fueron de los primeros, Ninavilca, Huavique y otros vecinos de Huarochirí y de Canta. (Mariátegui, 1869, p. 41)

El plan de Arenales consistía en atravesar la sierra central del Perú, pasando por Huamanga, Huancavelica, Huancayo, Tarma, Jauja y Cerro de Pasco, para luego retornar a la capital. Así, como se puede apreciar, la estrategia emprendida por el patriota no comprendía la ruta hacia Huarochirí, siendo ello probablemente uno de los motivos por el que los indígenas de la provincia no se sumasen en masa en ese primer momento; no obstante, esto no quiere decir que estuvieron desinformados de los movimientos de Arenales, y por tanto, que no realizaron ningún esfuerzo en pro de la emancipación, por el contrario, lo que provocó la presencia del argentino en las inmediaciones de la provincia fue un gran revuelo inicial, donde las primeras guerrillas formadas antes de la llegada de San Martín se consolidaron y ganaron más presencia en el resto de la región.

Enseguida, luego del 6 de diciembre de 1820, día en que Arenales obtuvo la victoria en Cerro de Pasco enfrentándose a las tropas realistas al mando de Diego de O'Reilly, los pobladores huarochiranos se preparaban para recibir a las fuerzas recolectadas por el primer guerrillero del Perú, Francisco de Vidal, quien había escapado junto a los suyos de la capital, luego de que el virrey Pezuela ordenara al general Rodil reclutar a los esclavos de los alrededores de la ciudad para sumárseles al ejército realista, por lo que San Martín ordenó rápidamente a Vidal, sacar rumbo a la sierra a todos aquellos indígenas y esclavos que se habían incorporado recientemente al ejército patriota, así como también a los que merodeaban por la zona, y de este modo impedir que los enemigos engrosasen sus filas, así pues, Vidal tomó la ruta hacia Huarochirí para su refugio:

Emprendí mi marcha por los pueblos altos de Chancay (...) y como mi objeto era no ser sentido por los españoles, continué mi marcha por caminos escusados (...) Llegamos al pueblo de Collata del Distrito de Santa Olaya [Huarochirí], en la noche tomamos el camino por donde se conducía la nieve a esta capital, a la una o dos de la mañana, asaltamos la tropa que guardaba la caballada, y fueron todos tomados por mí los que remití a la sierra por el camino que había traído. (De Vidal, 1972, p. 340)

De lo narrado se puede sostener que, en tiempos tan tempranos a la guerra, Huarochirí evidentemente era tierra en la que primaban los destacamentos hispanos, pero en la que también se contaba ya con algunos “caminos escudados”. Asimismo, se da un esbozo de cómo serían los constantes ataques de los guerrilleros, de manera rápida e inesperada, debiendo destacar además que estos primeros enfrentamientos iban de la mano con las acciones de Ninavilca, quien tenía la misión de sumar en masa a sus vecinos al levantamiento: “mientras yo hacía estas correrías el cacique Ninavilca hacía jurar la independencia en todos los pueblos de su provincia Huarochirí” (De Vidal, 1972, p. 340).

Ninavilca, por supuesto, con la credibilidad que gozaba en los pueblos huarochiranos, logró conformar para inicios de 1821, una partida guerrillera mucho más numerosa que aquella que se formó la primera vez, con la cual, inmediatamente después de organizarse y en plena primera campaña de Arenales, tuvo que sostener su primer enfrentamiento contra los soldados realistas; ello debido a las acciones del coronel Francisco Bermúdez y del mayor Aldao, quienes luego de la partida de Arenales a la sierra, se habían quedado en Ica con una pequeña guarnición, la misma que fue aumentando considerablemente al enlistarse indios y esclavos de las distintas partes aledañas de la capital, pero que sin embargo, y como es de suponerse, no contaban con armas eficientes para defenderse de cualquier ataque enemigo, por lo que, una vez informados que el enemigo llegaba por el norte y sur, decidieron marcharse a la sierra, llegando así la guerra a la provincia huarochirana.

Por el lado realista, poco antes del primer enfrentamiento sostenido en Huarochirí, el general Ricafort, que había recibido órdenes de marchar de Arequipa hacia la capital, se enteró estando en Nazca del movimiento de Bermúdez y Aldao, optando así por perseguir y acabar con la reciente fuerza emergente. Hubo enfrentamientos, entre otros puntos, en Huamanga y Cangallo, siendo los españoles quienes cruelmente arrasaron con poblaciones enteras. Ya para el retorno del general español, este tuvo que enfrentarse a las fuerzas de Paula de Otero en Huancayo, quien había logrado organizar un contingente guerrillero junto a Bermúdez y Aldao, “la lucha pronto habría de degenerar en una horrenda carnicería. Como en Huamanga y Cangallo, las tropas de línea mataban y mataban sin dar cuartel a ninguno que se ponía al alcance de sus armas” (Roel, 1971, p. 111).

Ante la inminente derrota, Bermúdez rápidamente optó por replegarse hacia la ciudad de Huaura, mientras que las fuerzas que acompañaban a Aldao y Otero, marcharon rumbo a Tarma con los pocos hombres que habían sobrevivido al horrendo ataque español. Para Paz-Soldán (1868), Ricafort cometió grave error al no perseguir y acabar con la moribunda fuerza indígena que rápidamente logró reconstruirse; por el contrario, lo que hizo el general hispano fue retornar a la capital tomando la ruta huarochirana, convirtiéndose así la provincia en el nuevo foco de batalla entre ambos bandos.

Inmediatamente los patriotas, conociendo las grandes ventajas geográficas que ofrecía el territorio de la provincia, decidieron enviar refuerzos desde Tarma, así lo hace saber Manuel Rosas en su carta a Otero el 10 diciembre de 1820: “amigo mío, invité V. a esos Tarmeños para que obren con actividad por la Quebrada de San Mateo, con la confianza de que nos abrazaremos antes de 20 días en el sepulcro de la tiranía” (Nueva Colección Documental de la Independencia del Perú [en adelante NCDIP], 2018a, p. 260). Había pues confianza del lado patriota, los enemigos cansados se enfrentarían a los frescos guerrilleros de la zona en la peligrosa quebrada de San Mateo.

Los coloniales, sin embargo, contando aún con el control de Huarochirí, estuvieron al tanto de los movimientos indígenas, por lo que decidieron posicionar unos 300 soldados en Matucana, reforzándolos además con cañones y con una retaguardia en Surco, teniendo como finalidad no solo acabar con las guerrillas que se aproximaban a la provincia, sino además, aislar a las tropas de Arenales en la sierra, puesto que estas, “encerradas entre varios fuegos; aisladas en el centro del Perú; incomunicadas con San Martín; perdidas, sin refugio ni auxilio, en las interioridades y escabrosidades de la sierra (...) [estarían] expuestas a ser destruidos sin remisión, o a rendirse miserablemente después” (Leguía, 1972, p. 32).

No obstante, ni las posiciones tomadas por los realistas ni sus poderosos armamentos pudieron cortar con el entusiasmo inicial de las partidas huarochiranas, este que, a su vez, era llenado por las proclamas de la época, las cuales hablaban de una guerra muy próxima a acabar, casi asegurando que no pasaría de 1820; cabe entonces preguntarse si aquello fue un cruel engaño, o en contraparte, una confianza desmedida. Lo cierto es que las promesas de un rápido triunfo claramente motivaron a los huarochiranos, así como a sus vecinos, a sumarse en masa a la causa emancipadora. La siguiente es una proclama para tomarla como referencia de lo mencionado, fechada el 13 diciembre de 1820, la cual fue pues repartida en primera instancia a los pueblos de Acobamba, Tapo y Huasahuasi, pero que más tarde llegó a todo el territorio peruano:

Nuestras valerosas tropas de la Patria han triunfado ya gloriosamente en todas las Provincias del Perú, y por su generoso esfuerzo vamos recuperando los preciosos derechos de nuestra libertad, de que por más de trescientos años nos había despojado el feroz despotismo. Solo resta que se rinda la capital de Lima para concluir el fin de la campaña. Nuestro invicto Capitán General Don José de San Martín la ataca personalmente por mar y tierra: al mismo fin se dirige por Canta con todo el empeño nuestro General Arenales: y queriendo yo tener parte en las seguras glorias de la Patria marchó el sábado 16 del corriente por la quebrada de San Mateo a derrotar una pequeña división enemiga para que por todas partes se franquee la entrada a Lima. (NCDIP, 2018a, p. 272)

Así, con la confianza de derrotar al enemigo en tierras huarochiranas, la siguiente misiva que envía Otero a Arenales el 14 de diciembre de 1820, no hace más que confirmar la numerosa participación del indígena de la zona en la guerra por la Independencia, “en efecto, casi todos los vecinos se me han presentado gustosos, (...) a reunirse con todas las partidas que están situadas en varios puntos y que reunidas puede constar de mil hombres” (NCDIP, 2018a, p. 281). En esta misma carta, sin embargo, se refleja también el mal equipamiento militar patriota, puesto que solo la mitad contaba con fusiles, añadiendo para peores males que, según Otero, todo armamento “que quedó [con los huarochiranos] está inútil y necesita lo menos dos meses para ponerlo expedito” (NCDIP, 2018a, p. 281).

Finalmente, las tropas guerrilleras reconstituidas en Tarma, marcharon el 18 de diciembre de 1820 con todas las carencias posibles rumbo a San Mateo, donde se unieron a los huarochiranos que presentaban las mismas grandes dificultades. No obstante, Otero, cayendo en contradicción luego de haber referido la gran adición huarochirana a la causa patriota, hizo reflotar pues su recelo para con los indígenas sublevados, como también su intento por controlar a las masas, puesto que prohibió que las partidas de la provincia recibieran armamento para el enfrentamiento que se avecinaba, así lo hace saber en su orden del 17 de diciembre de 1820:

No permita U. que esos vecinos tengan armas (...) Haciendo esto comprensivo a los Pueblos de ese contorno para que presenten los fusiles que hayan recogido; y al primero que encuentre U. que no lo haga cumplido escarmentarlo para ejemplo de los demás. (NCDIP, 2018a, p. 107)

Con las nuevas disposiciones de Otero, la situación se complicaba aún más para los naturales, no obstante, el plan siguió siendo el mismo: enviar los refuerzos a Huarochirí con Acuña al mando de las guerrillas tarmeñas, quien tenía también por orden replegarse hacia Yauli si el número de realistas superaba a los suyos. Sin embargo, nada salió como lo previsto, Acuña no logró contener a las masas huarochiranas ni a sus aliados, quienes producto de su entusiasmo marcharon hasta San Pedro de Mama (cerca a Chosica), arriesgándose a una derrota casi segura en territorio favorable para los hispanos. Esta acción desde luego fue reprendida por Arenales, quien en carta a Otero expresa su malestar de la siguiente manera: “mucho siento, que las tropas de esa provincia se hayan avanzado hasta cerca de San Pedro Mama, hacia la Capital de Lima; pues no es cordura, y me temo fundadamente, que padezcan un contraste” (NCDIP, 2018a, p. 315).

Lo oportuno para Arenales era que dichos guerrilleros se mantuviesen en los alrededores de San Mateo, sin aproximarse a la capital, y sin entablar enfrentamiento directo, manifestando además eufóricamente en la misma carta su descontento con Acuña, quien según sus dichos, haciendo caso omiso a las órdenes que se le había dado, se lanzó a “provocar a los enemigos hasta cerca de San Mateo con una gente sin disciplina, sin dirección, y sin sostén formal, que más bien se puede llamar montonera que tropa, y contra las enemigas, que son muy veteranas” (NCDIP, 2018a, p. 316).

Desde la narración oficialista, se sostiene que el plan para las guerrillas consistía en no realizar una avanzada temeraria hasta los puntos controlados por los españoles; puesto que significaría perder el enfrentamiento, y con ello, el entusiasmo indígena, sepultando así quizá desde el inicio el masivo levantamiento. Sin embargo, la posición crítica de lo narrado, toma a Otero como un personaje que veía en el movimiento de los naturales y en el de Acuña, un peligro inminente para la lucha criolla, donde el mayor temor era que la lucha indígena se terminase por separar de sus lineamientos.

Lo cierto es que las órdenes de Otero habían sido claras: moverse hasta la quebrada de San Mateo, llamar la atención hispana para que Arenales pueda llegar a Canta sin mayor sobresalto y finalmente reunirse con San Martín para la toma de la capital, o en caso contrario, y si las fuerzas se encontraban en peligro de ser aniquiladas, retornar a Yauli. Así lo hace saber el propio Otero en su contestación a Arenales, por lo que se mostraba sorprendido por el accionar guerrillero.

Por el otro lado, Ricafort realizaba su avance de manera incontenible hacia Huarochirí, obligando a Otero y Aldao, luego de la arriesgada maniobra de los huarochiranos, a volver sobre sus pasos rumbo a Jauja en busca de refuerzos para aguantar al enemigo. Así, al pisar Ricafort el suelo de la provincia, las órdenes para encararlo serían las mismas, es decir, no entablar batalla directa; sin embargo, al igual que en diciembre del año anterior, tanto Acuña como Aldao, que habían logrado reponer y engrosar sus filas en Jauja, no pudieron controlar a los guerrilleros, siendo las consecuencias terriblemente negativas para los patriotas. Según lo narrado por Otero, en carta a San Martín el 7 de febrero de 1821, Acuña y los suyos habían realizado un tímido repliegue que terminó en una cruenta batalla en la que fueron derrotados:

Se me han presentado veinte y un hombres de la partida de don Antonio Acuña asegurándome que, después de haber atacado al enemigo en las inmediaciones de Santa Inés, y quitándole quinientas vacas, dos mil corderos y algunas mulas, se replegaron con un desorden extraordinario que ocasionó el no haber salvado el ganado ni podido reunirse (...) quedando por esta razón la Provincia de Huarochirí sin partida que incomode al enemigo, y atendiendo a las súplicas que han venido a hacerme los Paisanos, hemos acordado que el Teniente de Guerrillas don Pablo Jeremías pase con sesenta hombres montados que tiene a ocupar esos puntos con sus correspondientes instrucciones de hostilizar al enemigo y hacerles la guerra en los términos que nos tiene ordenado. (NCDIP, p. 452)

Con las cosas favorables para los hispanos, Ricafort finalmente logró entrar a Lima, “lleno de orgullo, exagerando sus triunfos y habiendo circulado en la sierra varias proclamas arrogantes, que empezaba renegando y concluía amenazando” (José Arenales, 1822, p. 8). No obstante, si bien las tropas realistas salieron relativamente airosas en su enfrentamiento con las guerrillas de la sierra, el bando patriota había logrado sumar a pueblos enteros a favor de la causa, dando los huarochiranos sus primeras demostraciones de valentía y entrega por sus ideales.

Asimismo, el lado hispano comenzaba a presentar graves conflictos internos, los cuestionamientos a Pezuela al no lograr avances militares, de ser constantes terminaron con el motín de Aznapuquio, haciéndose La Serna con el poder, evidenciando así el caos e ingobernabilidad que se vivía del lado opuesto, siendo este tiempo aprovechado por los patriotas para formar el Ejército Regular del Perú, donde las llamadas montoneras se transformarían pues en partidas guerrilleras, teniendo como guías más próximos a los propios curacas.

No obstante, durante la formación de estos numerosos ejércitos indígenas, un temeroso San Martín va a poner algunas trabas y casi nulo interés por ver concretizado este proyecto, el latente peligro que veía para las clases dominantes del país, y con ello, la caída de las negociaciones con la aristocracia limeña, hizo que de alguna manera mirara de costado las mencionadas formaciones, poniendo pleno interés en consolidar su control sobre el norte peruano, uniendo así lazos con los grandes terratenientes de la zona, como con el Marqués de Torre Tagle, así lo hace saber José Arenales en sus memorias: “el General San Martín aprovechó los momentos en organizar tropas y numerosos recursos en las provincias del norte, y consolidar en ellas su posición política” (José Arenales, 1822, p. 2).

Se podría decir entonces que la formación de estos ejércitos se dio gracias a Felix Aldao, quien logró obtener un gran poder de convocatoria sobre los indios, y a quien, además, el propio San Martín temía por su fervor y ansias de batallar de manera decisiva contra el enemigo. Es conocido que Aldao anteriormente había incumplido con las órdenes de San Martín, pues confiando en el poder de los indios alzados, decidió enfrentar a los realistas en la ya mencionada desastrosa batalla de Huancayo, lo que obligó al libertador reprender y aclararle al guerrillero la principal misión de las partidas, las cuales según sus planes consistía expresamente en hostilizar a los realistas, mas no en entablar batalla directa. Así las cosas, le dio libertad a Aldao para que conformase sus partidas, nombrándole además teniente coronel de estas, donde la caballería tomó el nombre de Granaderos del Perú, y la infantería, Leales del Perú.

Conociendo Aldao que muchas veces el nombre da importancia a la cosa, escogió de entre su multitud 900 hombres, y organizándolos en lo posible les dio el nombre de batallón. (...). Así mismo formó un escuadrón lo mejor que pudo, unos tenían monturas de una clase, otros de otra, varios llevaban solo sables, estas tercerolas, aquellas lanzas, y los demás fusil, de modo que daba risa ver tan original caballería. Aldao con un entusiasmo digno de la causa que defendía solo pensaba en aumentar su división dándole la apariencia de tropa de línea. (Paz-Soldán, 1868, pp. 132-133)

En esta gran formación de partidas guerrilleras, los huarochiranos desde luego formaron el suyo al mando de Quispe Ninavilca, la organización de estas se había hecho a manera de cuerpos de línea, siendo la de la provincia la tercera:

En el mismo intervalo el General en Gefe se apresuró a plantear las partidas de guerrillas en las quebradas inmediatas a Lima. [Una de ellas, la del] cacique Ninavilca, [los cuales] (...) aparecieron hostilizando las cercanías de Lima, y aterrando al enemigo con repetidas azañas y estratagemas. (José Arenales, 1822, p. 2)

Se puede sostener entonces que los patriotas no tuvieron problemas en verse disminuidos en hombres, puesto que voluntarios abundaban en cada lugar recorrido. Sin embargo, no se puede dejar de mencionar el choque que se

originó entre guerrilleros y mandos militares producto de la convivencia en las campañas, Agustín Gamarra, por ejemplo, quien había asumido la jefatura de las fuerzas guerrilleras, no tardó en chocar con las “indisciplinas” de los indígenas y su forma de batalla, pues simplemente, no iban en la misma línea que las prácticas militares profesionales. Entonces, solo quedaban dos caminos: que los indígenas se acomodaran a las formas de sus mandos militares, o que ocurriese todo lo contrario, prevaleciendo así esto último. Los campos de descanso patriota se transformaron así en un ambiente casi anárquico, en que las jerarquías o mandos pasaban a segundo plano, y por lo que no era extraño ver incluso en algunas oportunidades cómo el ímpetu de los guerrilleros se supeditaba a la autoridad de sus comandantes; de igual manera, los propios comandantes de provincia se revelaban contra sus superiores, siendo el propio Ninavilca quien confirmara los hechos: “todos los Comandantes de partidas se ponen galones y no reconocen jefe superior que los mande” (NCDIP, 2018a, p. 28).

Así las cosas, un nuevo tiempo se avecinaba para la provincia, debido a que esta dejara de ser controlada plenamente por los realistas, empezando así una real pugna entre ambos bandos por el control de la zona estratégica. Sin embargo, pese a que las tierras huarochiranas comenzaban a expulsar de a pocos al enemigo, no se podía arriesgar a mandar soldados patriotas con armamentos y demás gastos hacia la provincia. Riva Agüero y Francisco Javier Mariátegui tuvieron por ejemplo una discusión al respecto, ello en torno a la misión que se le debería encomendar al batallón Numancia, quienes habían optado luego de varias reestructuraciones pasarse al bando patriota, la discusión giraba en torno a saber hacia dónde se les debía encomendar. Para Riva Agüero, el batallón debía marchar hacia la sierra en apoyo a las fuerzas de Arenales, tomando como ruta y parada obligatoria la provincia de Huarochirí; cosa contraria opinaba Mariátegui, percatándose de que la zona era aún insegura para enviar a tal destacamento:

...eran grandes y terribles los riesgos a que los exponíamos, y por esto no lo admitimos, si lograba el batallón llegar a la sierra y salir de Huarochirí, era muy posible y casi seguro que sería batido por los que saliesen de Lima. (Mariátegui, 1869, pp. 26-27)

Mariátegui consideraba a la capital como el verdadero fortín realista, al encontrarse según sus dichos, el mayor poderío bélico, por lo que apoyaba el proyecto de San Martín de ocupar Lima. Sin embargo, otros tantos criticaban la decisión del libertador, puesto que veían a la capital como zona ya ganada, así como también arruinada por el bloqueo, por tanto consideraban a la sierra como el lugar estratégico-militar y de abastecimiento a ser tomada. Finalmente, se puede decir que, para Mariátegui, como lo destaca en sus anotaciones, Huarochirí pese a ser un territorio plenamente patriota, era aún insegura para el ejército oficial.

Asimismo, es preciso ratificar la importancia geográfica de San Mateo que, para esta nueva etapa de la guerra, pasó a convertirse en la base militar para las guerrillas: “fijase para residencia del jefe y para cuartel general de montoneras, el pueblo de San Mateo (...) determinase una serie de cuarteles secundarios en las tres quebradas paralelas, contiguas a la capital” (Leguía, 1972, p. 46).

Guerrillas huarochiranas frente a los destacamentos de Monet y Valdez

Desde el primer trimestre de 1821, los indígenas habían logrado cortar gran parte de los suministros que partían hacia la capital, sembrando así el caos y la desesperación en la ciudad, por lo que, luego del Motín de Aznapuquio contra el gobierno de Pezuela el 29 de enero de 1821, y con la toma del mando realista por parte de La Serna, aunque no de manera oficial, puesto que este será reconocido finalmente por la corona hispana en agosto de 1824, La Serna “dispuso que Monet pasara a apaciguar la zona de Huarochirí y Yauyos, de donde debía llevar provisiones a la capital que estaba cada vez más escasa de víveres” (Roel, 1971, pp. 121-122). Sin embargo, no solamente ese era el objetivo, sino también “destruir el germen de libertad que Arenales había sembrado a su paso por esa región” (Dellepiane, 1977, p. 88). Claro está, esto no ocurriría de manera pacífica, sino por el contrario, utilizarían todo tipo de arsenal de destrucción teniendo en cuenta que “quemar y arrasar pueblos enteros, fue siempre una diversión sencilla para los españoles: [por lo que] la historia mostrará un día la gran lista que han corrido tan ilustre suerte a manos de los dignos sucesores de Pizarro” (José Arenales, 1822, p. 29).

Se encuentra como continuación de las palabras de Arenales lo dicho por Germán Leguía, quien luego de narrar la valerosa participación de la partida de Cayetano Quirós en su lucha contra las tropas hispanas en Santa Eulalia, en marzo de 1821, describe que los realistas, poco antes del enfrentamiento, habían reducido “a cenizas seis caseríos o aldeas de la zona circunvecina” (Leguía 1972, p. 325).

Volviendo sobre la marcha de Monet a Huarochirí y Yauyos, lo que se puede mencionar es que su empresa no fue para nada favorable a sus intereses, puesto que las partidas de ambas provincias le dieron tales batallas que perdieron gran cantidad de hombres y armamento, por lo que “a duras penas Monet pudo apoderarse de alimentos en la zona, no alcanzando su objetivo de batir a las montoneras que allí operaban; disgustado, impuso un despiadado terrorismo” (Roel, 1971, p. 122). La Serna, en consecuencia, al recibir tan negativa noticia, decidió realizar una campaña de mayor envergadura y aniquilamiento, enviando para tal propósito a las fuerzas de Valdez:

... se dirige el General Ricafort con su división desde Huancavelica al punto de la Oroya, tratando, a su paso por Tarma y Jauja, de restablecer el orden, reponer las autoridades y dar tono al partido español sofocado por la osadía de los revolucionarios (...). En el citado punto de la Oroya debe incorporársele el coronel Valdés con su división, (...) el que en su tránsito por la provincia de Huarochirí procurará arrojar las partidas que hasta ahora la tienen sublevada. (Carta de La Serna fechada el 20 de marzo de 1821, como se citó en Comisión Nacional de Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1972a, p. 73)

La misión de Ricafort era entonces clara, arrasar con los rebeldes de la sierra central, mientras que Valdez haría lo propio con los pueblos de Huarochirí y Yauyos, “atendida la abierta insurrección de los partidos de Huarochirí y de Yauyos (...) dispuso el virrey que el coronel Valdez, jefe del Estado Mayor, saliera (...) [para acabar con] las demasías de los indios alzados” (García Camba, 1846, p. 382). Una vez logrado esto, ambos generales tenían por orden dirigirse a la capital para unir fuerzas en la ciudad sumergida en el pánico total.

Inmediatamente las partidas huarochiranas y vecinas se alistaron nuevamente para defender las zonas, debido a que los mandos militares patriotas estaban al tanto de los movimientos del enemigo gracias a las correrías de los espías indígenas, ordenando y preparando rápidamente a los suyos para hacerles frente como menciona Otero: “aviso al Comandante Villar los movimientos y fuerza del enemigo, para que cruce a las quebradas de San Mateo y Huarochirí, a efecto de cortar los caminos de Lima, y que no le sea fácil su repliegue al enemigo” (NCDIP, 2018a, p. 507). Según los documentos hallados, era de suma importancia menguar a las tropas de Valdez en San Mateo, puesto que, si este lograba unirse con Ricafort sin mayores sobresaltos, Jauja estaría destinada a perderse inevitablemente.

El primer enfrentamiento entre realistas y huarochiranos se dio en los alrededores del pueblo de Sisicaya, donde los lugareños habían cortado los caminos en tres puntos, asimismo, intentaron destruir los puentes, pero fueron finalmente descubiertos, por lo que abortaron la misión. El mismo poblado de Sisicaya había sido abandonado, no dejando nada para que el enemigo pueda abastecerse, siendo la misma acción aplicada en Espíritu Santo y Langa, donde “las fuerzas de Valdez buscaron víveres y forrajes por todas partes, pero no fueron habidos, pues habían sido escondidos” (Rosas, 1995, p. 119). No obstante, si bien los pueblos fueron abandonados, no lo fue así sus alturas, desde donde se posicionaron los guerrilleros para realizar los ataques:

Desde las alturas de Langa continuaron los ataques contra los españoles, mediante la modalidad de las galgas [hondas] y también con algunos fusiles, en esta localidad, Valdez se enteró que el patriota Pablo Jeremías, a la cabeza de una numerosa guerrilla había pasado al pueblo de Huarochirí, con el ganado recogido en toda la quebrada (Rosas, 1995, p. 120).

Las acciones de los valerosos guerrilleros no quedaron en este punto, puesto que persiguieron a los realistas hasta el poblado que tiene por nombre el mismo de la provincia, obstaculizando los caminos para complicar aún más la misión hispana, así “la caballería realista tuvo que pasar por unos desfiladeros, y también tuvieron que sortear la crecida del río, y soportar lluvias torrenciales” (Rosas, 1995, p. 120). Valdez, desde luego, enfurecido por los ataques y tácticas de tierra arrasada empleada por los pobladores, decidió al llegar al pueblo de Huarochirí, incendiar gran cantidad de los ranchos indígenas.

Con lo presentado, Valdez y sus tropas a duras penas lograron reunirse con las fuerzas de Ricafort en la banda occidental del río Grande de Jauja, no obstante, esto no fue impedimento para que ambos generales implantaran cruel terrorismo por las zonas donde transitaban. Así, para finales de abril de 1821, y sin mayores éxitos para estos, decidieron retornar a Lima dividiendo sus fuerzas en dos partes: la primera de Ricafort marcharía sobre Canta, mientras que la de Valdez haría lo propio por Huarochirí, este último, con la reciente experiencia adquirida en dicho territorio, creía tener controlada la situación para un tranquilo retorno; sin embargo, las incansables guerrillas de la provincia nuevamente le dieron pelea en las distintas zonas de la localidad, siendo tal el rigor del ataque que los

realistas se vieron obligados a atrincherarse en San Mateo, inmóviles a la espera de ayuda que desesperadamente habían solicitado a La Serna, así pues, partió desde Lima en su auxilio el general Rodil.

Rápidamente los guerrilleros se enteraron de la ayuda desde la capital, por lo que decidieron marchar hasta Chacrasana y Huampaní para impedir que se reúnan los bandos realistas en la provincia; de igual manera, las tácticas guerrilleras dieron sus frutos, logrando mermar considerablemente las fuerzas enemigas, no obstante, García Camba (1846) narra todo lo contrario, afirmando que Rodil “alcanzó y batió en Chacrasana el 18 de mayo a la facción de Santa Olaya, causándole bastante pérdida, y tomándole 24 fusiles y carabinas, una carga de cartuchos, y algunos prisioneros a costa de 12 hombres muertos y heridos” (Camba, 1846, p. 594).

Lo cierto es que las fuerzas de Rodil y Valdez, indudablemente diezmadas, finalmente se reunieron y emprendieron marcha hacia la capital, habiendo perdido sin duda mucho en el camino, hombres, armamentos y los valiosos recursos para la subsistencia capitalina, convirtiéndose así esta incursión hispana en un completo desastre para sus intereses, su misión de acabar y sofocar todo intento emancipador de los indios no hizo más que avivar la llama indígena, convirtiendo sus campos en tierras fértiles de revolución.

Epílogo

Habiendo encontrado escasa bibliografía sobre el proceso independentista huarochirano, podemos decir entonces que la historia provinciana en torno a este trascendental acontecimiento histórico es aún una incógnita por esclarecer, partiendo desde la propia construcción y reconstrucción de los hechos hasta generar una visión local y de debate que permita formar a la nación una opinión sólida desde el rescate de la microhistoria como un impulso no solo para el país en mención, sino pues, para todo un continente pluricultural que tiene por misión visibilizar lo que hasta la actualidad no se ha tomado mayor interés desde la oficialidad histórica.

El presente artículo invita a conocer, en primer lugar, los hechos históricos de toda una provincia cuyos habitantes, pese a su cercanía con la ciudad limeña, se vieron obligados a enfrentar y superar las grandes carencias y dificultades que se les presentaba en materia militar, desde la pasividad de San Martín hasta las trabas del propio Paula de Otero, para así pues poder continuar en una guerra en que se les colocaba en clara desventaja frente al poderío realista. En segundo lugar, propone reflexionar y dar una mirada a la valerosa participación del indígena a partir de su firme compromiso para con la patria, desde incluso antes de la llegada del libertador, como se ha remarcado líneas arriba.

La rápida formación y levantamiento de los pueblos huarochiranos, conllevó entonces a que estos rápidamente sean reconocidos y felicitados por las fuerzas patriotas, levantamiento que comenzó con ciento ochenta hombres al mando de Quispe Ninavilca y que, poco a poco, fue consolidándose hasta encontrarse la provincia entera sublevada, lo que produjo algún temor por parte de los criollos al notar el arrojado e independencia que iba ganando la lucha indígena, por lo que, como se ha sostenido, la guerra por la Independencia durante el mandato de San Martín, terminó pues siendo un proceso aletargado al no enfrentar la guerra palmo a palmo con los naturales, así como también, por los intereses particulares del libertador y su proyecto monárquico, lo cual terminó siendo perjudicial para la provincia que cada vez perdía más en hombres y alimentos.

El fragor de la sublevación indígena necesitaba según el propio San Martín, “orden”, puesto que, de lo contrario, fracasarían irremediablemente en el intento separatista. La historiografía moderna ha catalogado este hecho como un intento del libertador por frenar o controlar a las masas, temeroso de un cambio social que perjudique los intereses de la aristocracia. Por lo que, como es sabido, la clase dirigente del levantamiento se impuso y logró alcanzar y afianzar sus objetivos, esto teniendo en cuenta que finalmente “las clases inferiores no ganarían nada con la independencia. Libertad y Constitución, términos oídos por primera vez, no les significaba nada [al indígena]” (Montoya, 2002, p. 70).

Se ha visto líneas arriba además, cómo y con qué sostuvieron sus enfrentamientos los huarochiranos, no contando con más que sus galgas u hondas, y sus aguerridas almas para dar batalla en cualquiera de sus puntos estratégicos, lugares que no forman parte del radar de la historia oficial, pero que dentro de ellas, se desarrollaron acontecimientos en demasía relevantes para obtener una rápida victoria por parte de los sublevados.

Referencias

- Arenales, J. (1822). *Memoria histórica sobre las operaciones e incidencias de la División libertadora a las órdenes del Gen. D. Juan Antonio Álvarez de Arenales, en su segunda campaña a la sierra del Perú en 1821*. Buenos Aires. Colección Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú (Ed.) (1972). Documentación Española. *Colección Documental de la Independencia del Perú* (t. XXII, vol. 2).
- Dellepiane, C. (1977). *Historia militar del Perú*. Ministerio de Guerra del Perú.
- García Camba, A. (1846). *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*. 2 tomos. Sociedad Tipográfica de Hortelano y Cía.
- Huerto, H. (2018). *Guerrillas y Montoneras durante la independencia* [Vol. 1]. Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas.
- Leguía y Martínez, G. (1972): *Historia de la Emancipación del Perú: el Protectorado*. [t. III y IV]. Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- Mariátegui, F. J. (1869). *Anotaciones a la Historia del Perú independiente de don Mariano Paz-Soldán*. Imprenta de El Nacional.
- Montoya, G. (2019). *La independencia controlada: Guerra, gobierno y revolución en los andes*. Sequilao editores.
- Nueva Colección Documental de la independencia del Perú. (Ed.) (2018). *Guerrillas y Montoneras durante la Independencia. Colección Documental de la independencia del Perú* (vol. I).
- Paz-Soldán, M. (1868). *Historia del Perú independiente, primer periodo 1819-1822*. Alfonso Lemale.
- Roel, V. (1971). *Los libertadores*. Editorial Gráfica Labor.
- Rosas Cuadros, E. (1995) *La provincia de Huarochirí en la historia: colonización e independencia*.
- Vergara, A. y Quiróz F. (1992) Los curacas de Huarochirí y su preferencia en las guerrillas de la independencia y los primeros años de la República (1750 – 1830). Municipalidad distrital de Santa Eulalia (Cord.), *Huarochirí, ocho mil años de historia*, T. 2, (pp. 95 – 154). Editorial e Imprenta Desa.
- Vidal, F. de (1972). *Memoria escrita en 1855, después de la batalla de La Palma*. Comisión Nacional de Sesquicentenario de la Independencia del Perú (Ed.).